

de la vida intelectual brasileña, fue, como se sabe, una preocupación fundamental de Mário de Andrade a partir de 1930, como mostró João Luiz Lafeté (op. cit.) en su estudio sobre la crítica modernista. El estudio de la literatura brasileña desde el punto de vista de la dialéctica de lo nacional y lo regional, fue emprendido también por Clodomir Vianna Mogg en *Uma interpretação da literatura brasileira* (Conferencia dictada en 1942 en la Biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores del Brasil), donde describe esa literatura como un "archipiélago cultural". (Hay edición de esa conferencia por Antares/Instituto Nacional do Livro, Rio de Janeiro, 1983.) Véase también el importante ensayo de Antonio Cândido, "A revolução de 1930 e a Cultura" (*Novos Estudos Cebrap*, vol. 2, N° 4, abril, 1984), donde estudia los efectos que tuvo la revolución de 1930 sobre la "nacionalización" de la cultura brasileña. Igualmente son importantes para el estudio del problema de la cultura brasileña los trabajos de Carlos Guilherme Mota, *Ideologia da Cultura brasileira* (São Paulo, Atica, 1985, 5ª edic.) y el ensayo "A cultura brasileira como problema histórico", en: *Revista da Universidade de São Paulo*, N° 3, Dezembro, 1986. En ambos trabajos de Guilherme Mota, y especialmente en el primero, se proporciona una importante bibliografía.

27. Angel Rama, op. cit., p. 451.

Agustin Azarín, A.

Críticas y culturas e América Latina

Fund. Editorial Trópicos, Caracas, 1990.

Problemas de historiografía literaria latinoamericana

Es inútil preguntarse, como se hace con frecuencia, qué es la literatura hispanoamericana. Es una pregunta que, según se ha visto, aún no puede tener respuesta. En cambio es urgente preguntarse cómo es nuestra literatura: sus fronteras, su forma, su estructura, su movimiento.

Octavio Paz

El proyecto de elaboración de un concepto de la literatura latinoamericana se desarrolló parejamente a la evolución del discurso crítico e histórico-literario hispanoamericano moderno a partir del XIX y constituye la problemática fundamental de ambas disciplinas enfocadas en una perspectiva histórica. Si bien ese proyecto planteó básicamente la exigencia de conciliar bajo un único concepto la diversidad de las literaturas regionales y nacionales (lo que colocó principalmente problemas concernientes a la estructura lógica del concepto), también permitió aprehender el funcionamiento literario del continente como un proceso funcionalmente articulado a su evolución social y cultural. Es decir, problemas específicos relativos al estudio del proceso real de la literatura y problemas generales de índole epistemológico o metodológicos concernientes a la estructuración del discurso historiográfico y crítico-literario. Sin embargo, podemos decir que este último tipo de cuestiones, cuando se planteó de una manera explícita, no respondió a una motivación excluyente; antes, esa dimensión se subordinó a una exigencia de ampliación y afinamiento del aparato conceptual de manera que permitiese aprehender la complejidad del proceso literario sin renunciar a su especificidad artística ni a sus claras vinculaciones con el conjunto del proceso histórico latinoamericano.

De allí que las cuestiones relativas tanto a la reunión de las literaturas nacionales bajo un concepto unitario que resalte su significación continental, como las concernientes al "espesor"¹ de esa literatura (redimensionada en un sentido distinto al de la mera agregación de las contribuciones nacionales), sigan siendo problemas fundamentales de la crítica y la historiografía literaria del continente y del estudio del funcionamiento real del sistema literario: el ámbito que él abarca y los elementos que lo integran a la articulación de múltiples sub-sistemas litero-culturales en relación a los distintos sectores sociales y zonas culturales en que se encuentra dividido el continente, así como la naturaleza de las operaciones artísticas que lo presiden.

En efecto, el examen del comportamiento literario del continente desde el punto de vista de su *espesor*, esto es: de su descomposición en diversos sub-sistemas de producción simbólica y de plurales agentes sociales que intervienen en él, permite replantear problemas fundamentales del concepto de literatura latinoamericana. Esta perspectiva se orienta a la rearticulación de dicho concepto en diversos planos diacrónicos y sincrónicos con vistas a su ordenación en una perspectiva totalizante del conjunto que haga

posible aprehenderlo como una construcción abierta del curso del proceso histórico y al mismo tiempo relativa tanto a una perspectiva determinada (un punto de vista "latinoamericano") como al estado de los conocimientos acerca del funcionamiento social y cultural del continente en un momento dado².

Así, pues, el énfasis colocado sobre la idea de "espesor", apunta a la construcción de un concepto de literatura latinoamericana como un macrosistema integrado por diversos sub-sistemas dotados de autonomía relativa y funcionalidad histórica y social específicas que, no obstante, configuran una unidad solidaria e históricamente particularizada. Para establecer la diferencia —que tal vez sea aún necesaria— entre este modo de concebir la literatura y otras propuestas que también la conceptúan como un "sistema" de elementos "funcionalmente" integrados³, debe destacarse, en primer término, que la idea de espesor da prioridad a la especificidad histórico-cultural de los componentes del sistema literario y a la función que ellos desempeñan en relación al conjunto del proceso social. Quiere decir que la *función* de la que aquí se trata no es apenas una capacidad de los elementos del sistema de entrar en relación unos con otros, sino una configuración histórico-cultural concreta a partir de la cual se particularizan tanto los elementos y sub-sistemas integrantes como la especificidad histórica de sus relaciones. Por otra parte, la noción de *sistema* a que remite, como se ve, la de *espesor* de la literatura, no designa apenas un esquema abstracto de aplicación universal, apto para sintetizar una diversidad, sino un resultado cuya concreción deriva del grado de madurez alcanzado por el sistema literario y del estado de los conocimientos acerca de su funcionamiento. Por último, la autonomía relativa de los sub-sistemas en que analíticamente se descompone, se encuadra en el marco de las coordenadas históricas en que se encuentran colocados los agentes sociales que los generan como productos simbólicos que expresan sus expectativas y cosmovisiones.

La investigación de estos aspectos del proceso real de la literatura y de su comportamiento histórico concreto, es un punto en el que ha insistido la reciente investigación crítica e histórico-literaria orientada a la redefinición del concepto de la literatura latinoamericana de manera tal que éste atienda a las peculiaridades del funcionamiento literario del continente, a la incesante articulación de sus sistemas simbólicos, a la dinámica de sus procesos socio-culturales, etc., a fin de elaborar los conceptos, categorías interpretativas y las pautas de periodización en el estudio de la formación y evolución de la literatura en América Latina.

El concepto de la literatura latinoamericana que resulta de este punto de vista se desdobra entonces en diversos planos cuya comprensión debe

ser tanto diacrónica como sincrónica.

Sincrónicamente, la literatura latinoamericana constituye un sistema complejo integrado por diversos sub-sistemas literarios. La identificación y el estudio de estos últimos atiende a varios factores. Primero, a la diversidad de las regiones culturales en que se halla dividido el continente, de donde deriva la particularidad de los sistemas simbólicos que vehiculan cosmovisiones diferenciadas y atienden a dinámicas culturales heterogéneas; segundo, la particularidad social del sistema, en el que se conjugan, generando contradicciones irresueltas, no solamente las ideologías de los sectores y clases sociales, sino otras totalizaciones no previstas en la teorización clásica de la dinámica del capitalismo y que, en América Latina, contribuyen a su definición: la marginalidad con toda su amplia gama de sincretismos irresueltos, las nacionalidades indígenas con su carga de conflictos que están lejos de agotarse en la dimensión social y la política, aunque éstas sean las más apremiantes, los núcleos de ascendencia cultural africana que, desde la colonia conservan y cultivan modalidades culturales diferenciadas dotadas de gran vitalidad, de fuertes rasgos arcaizantes y que interactúan en diversos grados de intensidad con la cultura burguesa dominante, etc. Todos esos elementos se integran y contribuyen a particularizar el sistema literario culto transplantado al nuevo mundo durante la fase colonial y que entonces como ahora desempeñó y continúa desempeñando funciones tanto de dominio y afirmación del modelo socio-cultural metropolitano (la literatura religiosa o las tendencias recientes a la "planetización" cultural, para citar dos ejemplos extremos), como de contestación y expresión de una visión de mundo diferenciada (el caso paradigmático del barroco americano y las tendencias modernas de lo que Marta Traba denominó la "cultura de la resistencia")⁴.

Este primer corte coloca el acento en la diversidad de los agentes generadores de propuestas simbólicas, en base a lo cual es posible distinguir los diversos sub-sistemas que, en términos generales, pueden ser agrupados, apenas con fines de clasificación, en dos categorías fundamentales: uno, culto y erudito, dominante, representado en este caso por las formas de producción literaria transplantadas a América a partir del Descubrimiento y la Colonia, y otro (u otros) subordinado e, incluso, marginado, dotado de formas expresivas propias y de considerable autonomía relativa.

Esto en cuanto a la consideración sincrónica del concepto. En cuanto a su diacronía, el concepto de literatura latinoamericana se orienta a la determinación de las variadas formas de interrelación que históricamente se han establecido entre ambos grupos y, específicamente, a la forma cómo

Meeting, Agosto - Problemas de historia por la literatura latinoamericana en crítica y cultura en América Latina, Fondo Editorial Trópicos, Caracas, 1980.

(I) ese proceso contribuyó a la particularización del sistema literario en su conjunto, generando modalidades propias de producción literaria como un aspecto del intenso proceso transculturador en que consiste la historia del continente desde el Descubrimiento. Lo que, en definitiva, permite pensar la originalidad y singularidad de la literatura continental como un proceso histórico abierto.⁵

El estudio, pues, del "espesor" del sistema literario latinoamericano se concentra en el análisis de la producción literaria de su moderna sociedad burguesa, articulando la diversidad de sus corrientes a los diversos agentes sociales, portadores de expectativas ideológicas y visiones de mundo capaces de generar, en el plano simbólico, propuestas literarias propias que se conjugan en la multiplicidad de los discursos y corrientes que configuran la fisonomía de su literatura moderna. Desde este punto de vista, la noción de "espesor" permite poner de manifiesto el carácter abstracto y, en último término, ideológico, de un concepto de la literatura latinoamericana exclusivamente referido a sus manifestaciones eruditas, desdeñando la heterogeneidad fundamental que le es inherente.

(7) Esta manera de considerar la literatura del continente plantea —como no podía dejar de ser— problemas metodológicos y epistemológicos de gran importancia para la construcción del discurso histórico-literario. Es el caso, por ejemplo, de los problemas planteados por la supervivencia de un rico imaginario de ascendencia pre-hispánica o de la producción literaria de raíz indígena en la medida en que ellos interactúan significativamente con el sistema culto incorporándose a su dinámica, como es visible en la obra de los principales autores regionalistas del continente, pero también en la casi totalidad de las propuestas vanguardistas. En lo que respecta al primero de estos casos, el problema que se plantea a la investigación crítica es: ¿cómo integrar esa producción al discurso historiográfico moderno eludiendo la simplificación convencional que se atiene apenas a su "primeridad" en la evolución literaria continental, puesto que si bien ella, en efecto, es "primera" en el orden temporal e histórico lineal, como la denominación misma lo indica ("pre-hispánica"), también es cierto que no siempre fueron consideradas como "literaturas" desde la perspectiva cultural dominante y que su significación artística para nosotros es posterior a la formación del sistema culto y, en gran medida, una consecuencia de la evolución de este último? Lo que hace con que su relevancia para la historiografía literaria del continente, y para los fines de la comprensión de su funcionamiento literario, dependa en gran parte de su "incorporación" al sistema literario culto (lo que implica una ampliación no trivial del campo literario y una alteración significativa del concepto de la

literatura desde la perspectiva erudita), lo que se realizó a través de un intenso trabajo filológico que incluía su redefinición a los términos del código estético occidental. Momento a partir del cual pasa a gravitar de manera explícita sobre la moderna conciencia estética latinoamericana así como también sobre la reflexión teórica, crítica e historiográfica (lo que ocurre, principalmente, a partir del período romántico y con la recepción del positivismo, cuando entra en vigencia una concepción etnológica de la literatura que en Brasil tuvo a Silvio Romero como su más destacado representante)⁶.

En el caso de las literaturas de raíz indígena, el problema es, por así decirlo, doble. La investigadora chilena Ana Pizarro lo resumió así: "Existen, por un lado, las literaturas indígenas anteriores al descubrimiento, que cronológicamente son ubicables antes de él, pero que comienzan a ser estudiadas como literaturas después". Y "existe, por otro lado, la producción actual de una literatura indígena: quechua, náhuatl, tupiguaraní, etc., en lenguaje oral, que constituyen las expresiones populares folklóricas, cuyo estudio es contemporáneo y que puede o no provenir de una tradición precolombina. Estas literaturas no están exentas de haber sufrido procesos transculturadores"⁷. Existe, finalmente, una literatura "indigenista", que Beatriz Sarlo caracterizó y diferenció en los siguientes términos: "Hay literatura indígenas producidas en sistemas autosuficientes —es el caso del Popol Vuh, del Chilam Balam— que no son sistemas de mezcla. [Frente a éstos existe] un sistema literario donde los elementos europeos son fundamentales, [lo que] abre la posibilidad de la inclusión como material ideológico, como factor constructivo o como incrustación lingüística: son sistemas de mezcla o de contaminación. Es la modernidad la que permite la incorporación de zonas de los sistemas literarios indígenas o de las lenguas indígenas o bien modalidades retóricas incluso de esos sistemas"⁸.

Los problemas metodológicos que derivan de estos planteamientos son considerables, aunque hay que señalar que ellos abren otro campo de cuestiones y de interrogantes al discurso histórico-literario que no coinciden —aunque tal vez tampoco los nieguen— con la índole de las cuestiones metodológicas (sin duda también importantes) que ha venido levantando la historiografía literaria europea y norteamericana en una tradición cuyos puntos más altos acaso puedan resumirse en los nombres de Lanson, T.S. Eliot, Tinianov y los formalistas rusos, Mukarovsky y los estructuralistas checos, las propuestas de Gaus a respecto de la estética de la recepción, sólo por nombrar algunos de ellos. Aparte de las limitaciones derivadas del estado de nuestros conocimientos acerca del funcionamiento cultural del continente, el proceso de formación de su literatura moderna

sólo parece discernible por la vía de la investigación específica sobre cada uno de los sub-sistemas involucrados, de donde deben emerger los conceptos y los modelos específicos que describan las formas de relacionamiento entre ellos.

Considerado en una perspectiva diacrónica, la evolución del "sistema impuro" que es la literatura indigenista agrega nuevos elementos que enfatizan la complejidad de los problemas que se plantean a la historiografía literaria hispanoamericana. En efecto, si tomamos solamente el indigenismo de la región andina del continente, es posible distinguir en su evolución distintos momentos, dotado cada uno de ellos de significación y funcionalidad diferenciada a causa del hecho de que ella atraviesa momentos distintos de la historia socio-cultural latinoamericana: el indigenismo romántico del XIX, el indigenismo reivindicativo y político de la fase nacionalista de la primera mitad de este siglo, y el indigenismo crítico, como el representado por José Carlos Mariátegui o José María Arguedas. El estudio de la particular configuración de la narrativa indigenista, de la red de transferencias culturales que en cada caso se establece y de su importancia por lo que ello representa como índice de madurez y complejidad creciente del sistema literario global, difícilmente puede ser aprehendido sin asumir explícitamente un concepto de la literatura latinoamericana análogo al que intentamos resumir. Refiriéndose al caso de Brasil y al funcionamiento literario que caracteriza la fase modernista, Antonio Cándido insistió sobre la complejidad de esos intercambios aunque retomando las coordenadas propias que los determinan en esa región: "En 1920, en lo que nosotros llamamos el Modernismo, hay una vuelta al interés por los indígenas, y es la teoría de la Antropofagia. En otros movimientos, el indio va a ser utilizado para hacer un nacionalismo que termina volviéndose fascismo. El indio va a servir para la total subversión de un discurso porque el primitivismo que los autores franceses pregonaban, el *art nègre* de Francia, que era una reacción contra la excesiva civilización, aquí estaba ligado a la vida cotidiana. Entonces tenemos un caso muy curioso de una influencia francesa, una reminiscencia indígena y una transformación del discurso literario"⁹.

Las literaturas indígenas constituyen una presencia constante (tanto como la presión paradigmática de la literatura europea) en la evolución del sistema literario culto en América Latina, manteniendo con él distintos niveles de interacción dependiendo de las zonas culturales en que se manifiesta y de la propia evolución histórica del continente. Sin embargo, esa evolución resultaría totalmente distorsionada si se enfoca apenas en una perspectiva de evolución lineal, es decir, partiendo, por ejemplo, del criterio de la primacía de las literaturas pre-colombinas. Lo que ocurre

en realidad es que los sistemas son incorporados, con distintos grados de deformación y selección de sus elementos, al sistema culto dominante dentro del cual pasan a desempeñar funciones diversificadas con otras determinaciones suyas (la influencia europea, por ejemplo). Lo que no disminuye en lo más mínimo la cuestión de la autonomía relativa de los sistemas incorporados al sistema dominante culto, la conservación de sus peculiaridades y de su dinámica específica. Su desarrollo, en efecto, a pesar de las interferencias derivadas de la expansión del sistema culto dominante, conserva al menos parcialmente sus directrices propias y su suficiencia relativa, lo que hace posible seguir considerándolo como un sistema diferenciado dentro de la perspectiva global. Ahora bien, como puede verse, las dificultades que derivan de ese punto de vista no son de orden meramente metodológico, lo que tampoco resta importancia a la pregunta: ¿cómo dar cuenta de ese proceso tomando en consideración las características necesariamente lineales del discurso historiográfico y mediante qué categorías describirlo?

Esta peculiaridad del funcionamiento del sistema literario latinoamericano no es trivial y toca cuestiones fundamentales de la historiografía literaria. Insistiendo en esta temática, Antonio Cándido señaló: "Aquí estamos ante un ejemplo muy curioso de *deformaciones metodológicas*. A pesar de todas nuestras afirmaciones estamos en un esquema historicista, positivista y liberal de antecedentes y consecuencias. La idea de antecedente da la imagen de una cosa cuya existencia, cuya validez, era pre existente. Pero, esto coexiste, es registrado después y tiene una vida diferente frente o junto a otras culturas. Registrado no es lo mismo que su existencia antes de ser registrado. Tenemos más bien que encontrar una expresión, algún concepto que muestre la existencia simultánea de esas realidades a veces arcaicas, pero que están relacionándose al mismo tiempo. Y es esta característica de América, este contraste, lo que hace convivir, por ejemplo, en un mismo tiempo, al surrealismo con las culturas indígenas"¹⁰.

En este punto, el problema histórico-literario se transforma en un importante problema epistemológico que, si bien no es privativo del estudio de la literatura latinoamericana, surge en él con características decisivas para el establecimiento de su concepto. En los términos en que lo ha planteado Cándido, un aspecto de este problema consiste en hallar un concepto adecuado para una realidad que subsiste bajo dos modalidades diferenciadas desde el punto de vista de la cultura erudita: "registrado" y "antes de ser registrado", siendo que ambas formas de existencia remiten a una identidad fundamental; algo de lo "no registrado" se transmite y vive en lo "registrado", lo que equivale a afirmar una presencia del referente modelando el lenguaje que lo refiere, conservando su latencia más allá de

la inevitable deformación que resulta del trasvasamiento de sus elementos al discurso de otra cultura. Desde ese punto de vista, la autonomía y originalidad del sistema literario y cultural indígena se preservaría como un dato real mientras no sea totalmente interferido y absorbido por la expansión del sistema dominante. En relación con este problema, Angel Rama sustentó una tesis que introduce otras consideraciones que apuntan al carácter, por así decirlo, absoluto del punto de vista desde el cual se estudia este régimen de mutuas prestaciones. Lo extenso de la citación tal vez se justifique por la importancia que a nuestro juicio posee su planteamiento:

“A mí me produce incomodidad —dice Rama— la introducción o preámbulo de las historias literarias consagradas a las literaturas indígenas. Siempre me pareció un poco mística esa forma de organización porque es una entelequia; y me he preguntado si no obedecemos a una especie de dominante cronológica: como, evidentemente, estaban antes y habían hecho su literatura, situémoslos antes para comenzar y terminar con el problema.

“Históricamente lo que ha ocurrido fue una cosa completamente diferente: es que *las literaturas indígenas son un producto de la cultura europea sobre los materiales existentes*. Es un continuo y se da permanentemente, pero yo pienso que hay tres grandes momentos de funcionamiento de nuestra *relación de conocimiento* con las literaturas indígenas. Yo creo que hay uno que es el intento de recuperación de esos materiales que se da desde el siglo XVI, con Sahagún, evidentemente. Que es un proceso intelectual que responde al espíritu de la colonia, al espíritu de un conjunto de investigadores y religiosos. Hay otro período que me parece que es también muy importante, que es el del intento de reconstrucción intelectual: cómo fueron, cómo se organizaron las literaturas indias, que ya es del siglo XIX y del XX. Además, el período de cuando se congelan a consecuencia de su imposibilidad de continuidad folklórica y la continuidad creativa que les dan los últimos tiempos. Yo creo que hay tres grandes momentos del manejo de *nuestra relación*. No sé si lo otro es ficción, *si lo que podemos contar realmente es nuestra relación con las literaturas indígenas*; eso es lo que ha ocurrido (...).

“Yo creo (...) que hay construcción de discursos interpretativos y recuperadores de las grandes literaturas indígenas a lo largo de un período muy grande. Es una especie de recurrencia y muchas veces encubre simplemente otros discursos. Porque no son los indios los que hacen ese indigenismo. Como decía Mariátegui, lo hacemos los que pertenecemos a esa cultura de dominación. Son *maneras de ver el tema* que aparecen a lo largo de la historia y que si bien recuperan también desfiguran. Lo más

sorprendente para mí siempre es esa sensación extrañísima que nos hace pasar *de un traductor a otro* —yo no conozco nada de los indios— y estamos en la época literaria a la que pertenece el traductor. De alguna manera es lo que dice Borges de los traductores de *Las mil y una noches*: ellos siempre se parecen a la literatura de la época que ellos viven en Inglaterra o Francia, y eso hace la diferencia enorme entre las versiones. Yo creo que eso es también lo que ha pasado con las literaturas indígenas. El indigenismo es un drama que seguimos pasando de generación en generación y sobre esto yo no creo que, a pesar de todo José María Arguedas o Augusto Roa Bastos *sean otra cosa que literaturas europeas americanas*, se entienda: el enclave, la organización del material tiene que ver con los patrones literarios de nuestra época. Con integración de elementos indígenas, pero en el sentido en que cualquier literatura puede incorporar otros elementos sin cesar. La literatura está siempre incorporando elementos de diversa procedencia, pero yo creo que el esquema es *de literaturas europeas americanas*”¹¹.

Lo que significa considerar el carácter dominante del sistema culto como un *presupuesto ontológico* dentro del cual estamos insertos como críticos e historiadores de la literatura y que determina nuestros modos de concebir y pensar los restantes sistemas. Estos últimos sólo existen para el discurso histórico-literario en la medida en que son recuperados por el sistema erudito como alteraciones o pequeños cataclismos que alteran o reformulan su estructura, labrando, por así decirlo, su originalidad. El sistema literario dominante, desde el cual se establecen las pautas para, en cada caso, decidir acerca de lo que es literatura o no (lo que significa decidir acerca del estatuto artístico y literario de la producción simbólica de los restantes sistemas, lo que equivale, consecuentemente, a reducirlos —traducirlos— a sus criterios básicos), se comporta como el espacio histórico-cultural desde el cual se define el horizonte teórico y los modos de conceptualización de los elementos incorporados. En cuanto estructura histórica y verdadero *a priori* del discurso crítico e histórico-literario es, al mismo tiempo, su condición y su límite epistemológico. Y sería igualmente una condición específica a la que se halla sujeto el discurso histórico-literario latinoamericano.

Pasando a otro orden de consideraciones, hay que señalar que la cuestión de la coexistencia y la interacción de sistemas literarios paralelos y a-sincrónicos no reviste la misma significación para todas las literaturas del continente ni la tuvo en todas las etapas de su evolución literaria. Lo que significa que deberá estudiarse en cada caso y en cada período histórico el carácter que en cada oportunidad revisten esos contactos entre sistemas simbólicos pertenecientes a culturas de distinto nivel, y el tipo de

relaciones que se establecen entre ellos. En la medida en que este estudio reclama la elaboración de conceptos y categorías descriptivas específicas, su discusión no se circunscribe a la cuestión de la aplicabilidad o no de los modelos descriptivos que la modernización crítica puso a disposición de los investigadores del continente. Es muy posible, por cierto, que nos proporcione cierta tranquilidad para los fines de ese proyecto el hecho de disponer de algunas propuestas de carácter general, como la elaborada por los formalistas rusos (Tinianov, particularmente), por ejemplo, según la cual la evolución literaria se concibe como la resultante de contactos entre diversas "series" (lingüística, historia, etc.) sociales con aquella literaria; la que, además, tiene la ventaja de estar sancionada por una tradición crítica ya establecida y fuertemente prestigiada por su procedencia metropolitana. Pero muy poco aporta en realidad esa perspectiva (sin que sea del todo impertinente) al conocimiento del proceso específico que estamos discutiendo. Incluso porque, en verdad, eso es apenas lo mínimo que se puede decir acerca de un problema de ese tipo.

Por eso conviene reparar en el alcance del planteamiento hecho por Antonio Cándido en el trecho antes citado cuando señala que "tenemos más bien que encontrar una expresión, algún concepto, que muestre la existencia simultánea de esas realidades", o cuando Rama insiste en la necesidad de "buscar otra organización del material que no sea la tradicional". Quiere decir, por una parte, crear categorías interpretativas adecuadas al sistema literario en estudio (sin perjuicio de ulteriores generalizaciones en el eventual cuadro de una teoría de corte universalista) y, por otra, poner en discusión las periodizaciones convencionales con que ha operado hasta ahora la historiografía literaria o, lo que es lo mismo, intentar comprender las "temporalidades" que están allí entrecruzándose y generando permanentemente esquemas y ritmos de evolución sincopados y discontinuos.

En efecto, si retornamos al caso planteado por el regionalismo, vemos que el mismo puede ser visto como una secuencia bien diferenciada dentro de la evolución del sistema literario culto caracterizada por su intrincada relación con un variado imaginario de procedencia "popular" que se articula a las formas literarias provenientes de la tradición europea, al mismo tiempo que recorre como una constante prácticamente toda nuestra historia literaria. Como señaló Domingo Miliani durante su intervención en la reunión de Campinas: "En lo relativo al regionalismo, se podría hacer, por ejemplo, un gran capítulo, como una secuencia —retomando la idea de trabajos anteriores de Angel Rama— de larga duración, que arrancando del romanticismo, de la mimetización de los cuadros de costumbres de Mariano José de Larra, etc., se desarrolla como la primera

modulación de una narrativa regionalista —no es realmente una novela, son cuentos, artículos de costumbres— que tiene una continuidad en coetaneidad con el simbolismo. Ver primero el romanticismo sentimental, continuar dentro del modernismo con la variante del criollismo, siguiendo en el siglo XX con la variante del regionalismo y del super regionalismo. Englobar todos estos elementos como una continuidad, como una secuencia de larga duración. Esto abarca modalidades regionalistas como la literatura gauchesca para el caso del sur, la literatura indigenista del altiplano, la novela de la revolución mexicana"¹².

Esa tradición regionalista si, por una parte, puede ser tratada como una vasta secuencia con un amplio margen de autonomía y representatividad, por otra parte también se integra y entra en comunicación con otras secuencias culturales, sociales e, inclusive, políticas, enteramente distintas en cada tiempo y lugar, lo que si bien la fragmenta como secuencia, también la compatibiliza con la diversificación del proceso histórico del continente.

Ahora bien, en realidad la identificación de los problemas teóricos y metodológicos que plantea el estudio del comportamiento literario latinoamericano, no hace más que reconducirnos al reconocimiento de las dificultades de su solución. El mismo Antonio Cándido llamó la atención, como ya hemos visto, acerca del hecho de permanecer, "a pesar de todas nuestras afirmaciones", dentro de un esquema "historicista" de antecedentes y consecuencias. Lo que significa que el solo reconocimiento de la coexistencia de distintos sistemas literarios dotados de ritmos evolutivos y temporalidades diversas no representa una solución sino apenas el inicio del replanteo del problema de la evolución literaria en la medida en que sustituir el concepto lineal de evolución, como de hecho se está presuponiendo en esa propuesta, no significa deshacerse de la idea implícita de sucesión, por lo que nos vemos remitidos nuevamente a un esquema lineal de aprehensión del proceso en su conjunto. Acontece, dice Cándido, que estamos tratando aquí con esquemas de pensamiento lógico que no pueden ser subvertidos o que, al menos hasta el presente, no lo han sido. Y llama la atención justamente sobre este punto cuando en la reunión de Campinas empieza a cristalizar la idea de que "está surgiendo un método". Con ello más bien —dice— lo que tenemos es un "nuevo problema". "Y no sé si somos capaces de enfrentarlo —agrega— porque es un problema que sobrepasa todos nuestros hábitos teóricos, todos nuestros hábitos historiográficos. Nosotros estamos caminando por una cosa bastante vertiginosa que es la tentativa de tomar en consideración los diferentes ritmos temporales"¹³. En su *Formação da literatura brasileira*, dicho sea de paso, el mismo Cándido había planteado —e intentado una alternativa de

solución— este problema a respecto del estudio del paso del período neo-clásico al romántico de la literatura brasileña; y en su exposición intentó pasar “tanto quanto possível a idéia de movimento, passagem, comunicação entre fases, grupos e obras; sugerir uma certa labilidade, que permitisse ao leitor sentir, por exemplo, que a superação evidente, do ponto de vista estético, entre as fases neo-clásicas e romântica é contrabalançada, do ponto de vista histórico, pela sua unidade profunda. A diferença entre estas fases, procuro somar a idéia da sua continuidade, no sentido da tomada de consciência literária e tentativa de construir uma literatura”¹⁴. Lo que equivale, como se ve, a abordar desde un ángulo que podemos llamar “eclectico” (término que el propio Cándido ha empleado para caracterizar su postura teórica en lo que respecta a asunto de métodos) el problema fundamental de la periodización en la historia literaria; en él se conjuga tanto una perspectiva histórica que acentúa la continuidad y unidad del proceso literario más allá de las divergencias estético-ideológicas, como el proyecto ideológico mismo que constituye de hecho el empeño de construir una literatura en el marco de la modernización burguesa que se preanunciaba en ese momento histórico. Este punto de vista para el estudio del proceso formativo de la literatura brasileña es congruente con los rasgos generales de la evolución literaria en el resto del continente.

La superposición de planos y problemas (estéticos, históricos e ideológicos) y la forma cómo los mismos se conjugan conservando variados márgenes de autonomía en el curso de la evolución literaria latinoamericana, parece sugerir espontáneamente la diversificación metodológica. En términos de Roberto Schwartz: “Como hay una intención latinoamericana y social en todo esto, mezclamos problemas y procesos muy diversos. Creo que hay que adoptar una diversidad metodológica también”¹⁵.

Parece claro que lo que representa esa solución “salomónica” es una cautelosa llamada de atención respecto al necesario relativismo inherente a los métodos, respecto al resabio positivista de la “salvación por el método” que se ha mantenido, después de todas las controversias y protestas contra el naturalismo positivista, en el centro de la discusión sobre la crítica y la historiografía literarias a lo largo de todo el presente siglo, en detrimento, la mayor parte de la veces, de la atención a los problemas literarios concretos.

Acaso también se contenga en esas perspectivas eclécticas una llamada a atención respecto a la necesidad de devolver la prioridad al proceso literario real. “Encontrar”, “inventar” conceptos que describan tal o cual particularidad del comportamiento literario, y no al contrario: constreñir las datos a conceptos preexistentes. Como es sabido, los conceptos y

modelos teóricos fundan su validez —entre otros aspectos— en el grado de generalización y amplitud del dominio de objetos que abarcan. Pero esto que en el campo de las ciencias empíricas representa un índice de la aplicabilidad de dichos instrumentos a una variedad de casos particulares, trasladado directamente al campo de la investigación histórica puede representar un obstáculo porque en este terreno un elevado nivel de generalización conceptual se traduce inevitablemente en una disminución del poder explicativo. Sin que con eso queramos reducir la historiografía al mero registro de hechos singulares, lo que la tornaría estéril y anularía su capacidad interpretativa, es evidente que en este caso nos encontramos ante una disciplina cuyo compromiso tanto con la *particularidad*¹⁶ de los fenómenos con que trata, como con el horizonte histórico dentro del cual se encuadra la propia génesis de los conceptos que elabora, impone límites al grado de generalización posible, y por tanto, al dominio de objetos sobre los que gravita. Es en este sentido que debe ser entendida la exigencia de elaborar categorías interpretativas y criterios de periodización del proceso literario latinoamericano capaces de dar cuenta de su dinamismo propio dentro del cuadro de fondo que constituye el proceso socio-cultural del continente.

Otra dimensión de estas cuestiones la abre la reflexión en torno a la función que cumplieron las culturas urbanas o, más directamente, las ciudades, como centros desde los cuales se desarrolló y expandió la cultura urbana en el continente con su mayor dinamismo y capacidad modernizante. Desde el inicio de la colonización, las ciudades disputaron la preeminencia social, política y cultural a las vastas áreas rurales, interactuando y asimilando los productos culturales de rasgos arcaizantes e insertándolos en una cada vez más poderosa y dinámica producción simbólica que se expandía al mismo ritmo de expansión del área de influencia económica, política y administrativa de la ciudad o del sistema de ciudades. Esta perspectiva (que ha sido fecundamente explorada por la historiografía social latinoamericana) abre inéditas posibilidades al estudio de la formación y el comportamiento cultural de América Latina y permite reformular a partir de otras referencias teóricas los problemas fundamentales de su historiografía literaria. En este sentido, el título de uno de los últimos textos de Angel Rama, *La ciudad letrada*¹⁷, publicado póstumamente, en el que estudia la evolución de las ciudades latinoamericanas como centros de producción simbólica y de irradiación de la cultura urbana dentro de la que se inscribe el sistema literario culto, representa en verdad la designación de una auténtica categoría interpretativa del proceso cultural y literario latinoamericano. La misma a la que Antonio Cándido hizo referencia bajo la denominación de “áreas de coalescencias”: “Yo estoy

viendo un capítulo —dice— sobre las metrópolis literarias como un capítulo clave... Un capítulo así muestra la creación de los núcleos americanos de producción literaria, la creación de su propia tradición a partir de ahí. Pienso también en el intercambio eventual entre esas metrópolis con todo lo que eso implica: correspondencias, revistas, es el capítulo que amarra nuestro problema de las coalescencias. Estoy hablando en el sentido del manejo de los instrumentos de cultura, de las inspiraciones estéticas que son buscadas, no importa la corriente: revistas, intercambios, correspondencia de Mário de Andrade con Borges, Oliverio Girondo y Brasil. Que el desarrollo muestre las coalescencias, que el problema de las vanguardias ya entre en un primer capítulo como el registro de las corrientes de vanguardias en torno de las metrópolis, que son fuentes alimentadoras de su proceso. El regionalismo también es un fenómeno rural identificado estéticamente a propósito de las metrópolis”¹³.

Las posibilidades de interpretación de la historia social latinoamericana que encierra este punto de vista han sido probadas en trabajos fundamentales, como el ya clásico estudio de José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*¹⁹, en el que el autor elabora una visión inédita del proceso formativo de las modernas culturas urbanas del continente desde los inicios de la colonización, tomando como hilo conductor el desarrollo de las ciudades y los conflictos entre los sectores integrantes de sus sociedades, arrojando nueva luz sobre las vías por las cuales la dinámica social encuentra traducción en el nivel de la producción simbólica. Esa conexión, como antes sugerimos, está claramente expuesta en el citado libro de Angel Rama.

Se trata, como es notorio, de ensayos y perspectivas nuevas, cuya aplicabilidad al campo de los estudios literarios recién empiezan a medirse. Sin embargo, no cabe duda que representan esfuerzos fecundos que plantean importantes cuestiones a la crítica y la historiografía literaria en su esfuerzo de reformulación del concepto de la literatura latinoamericana, al mismo tiempo que señalan las vías por las cuales es posible abandonar el mimetismo y la repetitividad en que tradicionalmente se han mantenido estas disciplinas entre nosotros. Es un esfuerzo —y no aislado, como hemos visto — por dar respuesta a la cuestión planteada por Octavio Paz como tarea improrrogable de la crítica latinoamericana: cómo es nuestra literatura, cómo se comporta, cuál es su estructura.

1. Tomo la idea de “espesor” de la literatura latinoamericana en el sentido en que la desarrolla Angel Rama en sus trabajos; particularmente en su ensayo “Literatura y Clase Social”, Caracas, *Escritura*, N° 1, 1976, y en otros textos suyos, especialmente los recogidos en *Gauchipolíticos rioplatenses*, Montevideo, Calicanto, 1977 y *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984.
2. Esta condición generalmente se omite en el discurso convencional acerca de la literatura latinoamericana y del concepto mismo de América Latina. En realidad, ambas nociones sólo cobran pleno sentido cuando son puestas en relación a un cierto estado de los conocimientos tanto respecto al comportamiento literario del continente como de su funcionamiento social y cultural. Se omite, en efecto, que ambas nociones son relativas a la historia intelectual latinoamericana y, dentro de ella, a los aportes provenientes no sólo del campo de los estudios literarios sino también de las ciencias sociales, la historiografía, la antropología, etc.
3. Hago alusión a las propuestas historiográficas provenientes de la tradición formalista de estudios literarios, particularmente a algunos trabajos de I. Tinianov, como el titulado “La evolución literaria” y otros en los que expone la idea de “principio constructivo” del discurso literario. En torno a estas propuestas es ilustrativo el volumen compilado por T. Todorov, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*, México, Siglo XXI. La citada propuesta de Tinianov representó, y continúa representando un punto de vista fecundo para el estudio de la literatura y bajo algunos aspectos se aproxima a la concepción que estamos exponiendo, siendo que las diferencias entre ambos derivan de la concreción con que enfocamos tanto los elementos que integran el sistema literario latinoamericano como la funcionalidad histórica de los mismos.
4. Sobre este punto todavía volveremos más adelante al comentar algunas intervenciones de Antonio Cândido durante la reunión de Campinas. Entre tanto, él se pregunta: “¿Qué es lo que era considerado literatura en el Brasil en el siglo XVII o XVIII? Exclusivamente la literatura culta, por supuesto (...). El colonizador mantenía la jerarquía de sus valores impuestos (...). Una imposición tan dura despertó la contradicción en el seno de la cultura dominante. Dicha contradicción se acentuó con la crisis del sistema colonial

y permitió a los brasileños de clase dominante manifestar su inconformismo con él mediante un discurso cargado de ambigüedad. Cuando los escritores del siglo XVIII comenzaron a tratar temas indianistas, usaron rigurosamente el soneto, el poema épico, el canto heroico; pero al elegir el tema ya esbozaban un movimiento de divergencia incluyendo en el universo de la literatura algo del universo de las culturas relegadas. En esos casos la literatura reveló ser un instrumento de reacción contra el estatuto colonial. Por lo tanto, ella sirvió primero para imponer dicho estatuto y, después, para expresar la reacción contraria". ("Exposición de Antonio Cándido", en Ana Pizarro (Coord.), *Op. cit.*, pag. 78). Sobre la noción de "Cultura de la Resistencia", desarrollada por Marta Traba, véase su "Cultura de la Resistencia", en: F. Alegría, A. Rama, M. Traba y otros, *Escritura y Praxis en América Latina*, Caracas, Monte Avila, 1974 y Marta Traba, *Dos décadas vulnerables en las artes plásticas latinoamericanas, 1950/1970*, México, Siglo XXI, 1973.

5. Véase Angel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1984.
6. Silvio Romero, *História da Literatura Brasileira* (5 vols.). Véase también el clásico estudio de Antonio Cándido, *Introdução ao método crítico de Silvio Romero*, (1945), São Paulo, EDUSP, 1988.
7. Ana Pizarro (Coord.), *La literatura latinoamericana como proceso*, pag. 23, Introducción. (Las siguientes notas se refieren a este texto salvo indicación contraria.)
8. Beatriz Sarlo, Intervención oral, pag. 23/24.
9. Antonio Cándido, Intervención oral, pag. 25. Otros autores han optado por excluir prácticamente esta producción del campo de la literatura, como lo hizo con la mayor parte de la narrativa realista hispanoamericana Emir Rodríguez Monegal al examinarla en contraste con las obras de la llamada nueva narrativa. Su clasificación de esa producción como siendo apenas una "proto-novela" responde a una concepción de la literatura como invención y manipulación del lenguaje que, trasladado al terreno historiográfico daría lugar por lo menos a una curiosa bi-partición de la evolución literaria latinoamericana. Véase *Narradores de esta América*, Buenos Aires, Alfa Argentina (2 vols.), 1974 y 1977 respectivamente.
10. Antonio Cándido, Intervención oral, pag. 26.

11. Angel Rama, Intervención oral, pag. 26/28.
12. Domingo Miliani, Intervención oral, pag. 45.
13. Antonio Cándido, Intervención oral, pag. 44.
14. Antonio Cándido, *Formação da literatura brasileira*, S. Paulo, Itatiaia/EDUSP, 5ª edic., 1975, Introducción, pag. 37.
15. Roberto Schwartz, Intervención oral, pag. 44.
16. Empleo del término en el sentido en que lo desarrolló G. Lukács en *Prolegómenos a una estética marxista* (primera parte), México, Grijalbo, 1969.
17. Angel Rama, *La ciudad letrada*, Hannover, Ediciones del Norte, 1985.
18. Antonio Cándido, Intervención oral, pag. 65.
19. José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976.